



I

María Isabel nunca tuvo muchas razones para asistir a la escuela. Siempre pensó que la educación que allí recibía era mucho menos útil que la que podía encontrar en los libros, en las revistas y en Internet. Aprobaba las materias con trabajos y bajo protesta. La secundaria la había decepcionado. Desde que entró a sexto de primaria, había pensado que el mundo que venía por delante sería distinto, glamoroso. Que ella sería mayor cuando formara parte de él. Pero no fue cierto.

La secundaria tenía sus diferencias, claro, pero la mayoría de ellas resultaban incómodas. Tenía siete profesores en lugar de dos. En lugar de iniciar clases a las ocho, lo hacían a las siete. Se levantaba cuando aún no amanecía y en invierno recorría el camino que separaba su casa del colegio congelándose la punta de la nariz.

Durante los dos primeros años, caminaba a diario esas cuadras con una sensación de vacío. Muchos estudiantes compartían con ella la antipatía hacia los conocimientos, pero encontraban otras motivaciones para asistir a la escuela. Lucía, por ejemplo, durante todo primero y segundo

se sentó en la última fila, y si alguien le hubiera preguntado qué era lo que la motivaba a ir al colegio, habría dicho: “El desmadre, el ligue y los descansos”. Esta opinión era compartida por muchos, que a eso se dedicaban. Y la mayoría de ellos, a pesar de todo, pasaban de año.

María Isabel les tenía cierta envidia a los que conformaban ese grupito, el de los populares, o los *cool*. En especial a Lucía, que se llevaba con todo el mundo y había tenido al menos tres novios, entre ellos Luis David, que era alto y guapo, y le gustaba a la mayoría de las niñas del salón, de otros salones e incluso de otros grados, e iba a la escuela básicamente a divertirse.

La envidia de María Isabel también se debía, aunque en menor medida, a su físico. Aunque no era nada espectacular, Lucía era dueña de una belleza que al menos todos los alumnos de 3º B reconocían. Tenía el pelo castaño y largo, y los ojos verdes. No era muy alta, pero tenía un cuerpo esbelto y bien proporcionado, y no le había tocado ser víctima de los crueles reveses de la vida adolescente, como el acné o los cólicos —esto último no era evidente, pero ella insistía en divulgar su buena suerte al respecto.

A María Isabel, en cambio, no la habían tratado tan bien las hormonas. En cuanto apareció su primera regla, llegaron también algunos barros y kilos extras que no necesitaba para nada. Ninguno de los dos constituía un problema grave en realidad, pero siempre era preferible no tenerlos.

A veces, antes de vestirse en las mañanas, soltaba la toalla que la envolvía frente al espejo. Era entonces

cuando podía ver con claridad cuáles eran esos kilos sobrantes y dónde estaban. Bajo el uniforme, que a todas las niñas las proveía de un aspecto un tanto cilíndrico, la mala distribución de la carne se disimulaba bien. Verse sin ropa ante el espejo era otra cosa. Pero la preocupación de María Isabel no era tanta como para considerar una dieta o una rutina de ejercicios. No tenía tiempo para esas cosas. Si hubiera querido dedicarse, como Lucía, al modelaje, tal vez éstos habrían sido sacrificios aceptables, e incluso necesarios. Sin embargo, María Isabel estaba segura de que su futuro nunca iría por esos rumbos.

Aún no estaba muy segura de lo que quería hacer en la vida, pero sabía que tendría que ver con escribir, tal vez cuentos o novelas, quizá películas u obras de teatro. Como fuera, para eso no tenía que hacer dietas o inscribirse en un gimnasio. Ni siquiera pensaba que fuera indispensable ir a la escuela. Dudaba que las circunstancias la arrastraran a escribir una novela que tuviera algo que ver con el teorema de Pitágoras o a filmar una película sobre la tabla periódica. Estaba segura de que los personajes de sus historias nunca necesitarían saber despejar o hacer quebrados. Y, en todo caso, siempre podía contratar a un asesor para eso.

María Isabel no hablaba mucho de sus aspiraciones. Sólo una vez lo había mencionado a sus padres y de inmediato notó el intercambio de miradas entre incrédulas y condescendientes, como si hubiera dicho una broma. En alguna otra ocasión se lo había mencionado a Silvia y a Esteban. Cuando recién se conocieron, hablaron de lo que querían ser cuando crecieran; cada quien dijo lo suyo,

pero no fue una conversación que los marcara o que recordaran más allá del día que ocurrió. Silvia y Esteban la olvidaron esa misma tarde, pero María Isabel siempre la tuvo presente. Más adelante, cuando volvieron a hablar al respecto, sus amigos ya habían cambiado de opinión. Ella no, pero ya no les dijo nada. Simplemente respondió: “No sé”.

Silvia y Esteban habían sido lo más cercano a sus mejores amigos durante los dos primeros años de secundaria. María Isabel se sentía segura a su lado porque no pertenecían a ningún grupito; más bien, entre los tres conformaban uno. No faltaba quien le hiciera burla a Esteban por estar todo el tiempo con dos niñas. Le decían de marica para arriba, pero él ignoraba las burlas; si había algo que tenía muy claro era que estaba con niñas porque le gustaban.

María Isabel le gustó primero, pero ella nunca quiso darse cuenta. Tampoco es que los intentos románticos de Esteban fueran demasiado violentos o siquiera medianamente obvios, pero a veces la miraba de más. Y entonces ella se extrañaba y le preguntaba: “¿Pues qué me ves?”. Esteban no respondía; sólo sentía que su temperatura se elevaba unos grados sin alcanzar a sonrojarlo y se volteaba hacia otro lado.

Esto sucedió hasta el día en que María Isabel, poco antes de las vacaciones de diciembre de segundo de secundaria, los invitó a comer a su casa porque su abuela llevaría pruebas de los platos que cenarían en Nochebuena. Por alguna razón, Silvia no pudo ir y sólo Esteban comió esa tarde con los papás de María Isabel, la abuela y Eduardo,

su hermano pequeño. No había muchas ocasiones como ésta, en la que el trío se convertía en dúo, y Esteban tenía planeado aprovecharla para dar algún paso hacia terrenos más románticos con María Isabel.

Durante el tiempo que estuvieron en la mesa probando bacalao y varias modalidades de romeritos, Esteban notó que la abuela lo veía con cierta insistencia y, cuando sus miradas se cruzaban, se volvía rápidamente hacia otro lado.

Al terminar la comida, el papá de María Isabel regresó a la oficina, el hermanito se fue a su recámara y María Isabel y Esteban fueron al cuarto de ella a jugar Mario Bros. María Isabel había mejorado, pero Esteban seguía ganándole por mucho. Sin embargo, ese día él estaba distraído y ella iba ganando. Hicieron una pausa para que Esteban fuera al baño y en el camino de regreso escuchó sin querer unas cuantas frases de la conversación que sostenían la mamá y la abuela de María Isabel en la cocina:

—No sé, nunca lo había traído a comer, pero anda con él para todos lados —dijo la mamá.

Sobrevino un silencio en el que seguro hubo un intercambio de miradas significativas que Esteban no pudo ver.

—No te preocupes —dijo la abuela—, cuando tienen catorce años se enamoran de cualquier cosa.

La frase de la abuela, que muy probablemente intentaba tranquilizar alguna inquietud de la mamá, puso en jaque las intenciones de Esteban. En el baño había intentado reunir los ánimos para regresar, apagar el Nintendo y, en lugar de declarársele verbalmente, decírselo todo

con un beso en la boca. Pero esa conversación lo confundió y los ánimos se le desparramaron de nuevo.

Qué bueno que así sucedió. Quién sabe qué hubiera hecho ella. A María Isabel no le gustaban los besos. Los de las telenovelas le daban mucho asco. Y peor los de las películas en las que los actores parecían tomar más en serio sus papeles y en ocasiones incluso podía verse claramente la lengua de uno explorando la boca del otro. María Isabel tragaba saliva como si intentara limpiar su propia boca y esperaba nunca tener que hacer algo así.

14 Algunas fobias no tienen explicación, pero ésta sí la tenía: se trataba de un acontecimiento que había sucedido años atrás y que no había sido bueno.

Las personas merecerían tener una mejor primera vez para algo tan importante como un beso.

II

Ocurrió cuando María Isabel tenía diez años y seis de convivir regularmente con individuos del sexo opuesto que asistían con ella a la escuela desde el jardín de niños.

Fue durante un verano, un eterno y aburridísimo verano; Eduardo tenía apenas dos años y no era muy divertido que digamos, y ella se pasaba las mañanas, según palabras de su abuela, haciendo hilos de saliva. Aburriéndose, pues, como una condenada.

A veces, con algo de pena al principio, bajaba al segundo piso del edificio a tocar en el departamento de los franceses. Una pareja de *hippies* tardíos de apellido impronunciable que se habían mudado hacía poco y eran padres de unas gemelas rubias que tenían seis años y muchos juguetes. María Isabel sentía un poco vergüenza de ir a jugar, a sus diez años, con unas niñas tan chicas. La madre francesa, sin embargo, siempre la recibía con gusto, pues esas visitas significaban que podía descansar un rato del cuidado de las niñas. Y, para María Isabel, jugar con ellas resultaba bastante más entretenido que quedarse en su

casa a ver programas de cocina o de variedades para señoras.

Esa mañana, cuando estaba a punto de tocar, no escuchó el escándalo que normalmente genera un hogar donde hay niños. Pensó que tal vez estarían dormidas, aunque definitivamente había alguien, pues se oía música dentro. Condujo su esperanzado índice al timbre e imaginó a las niñas sentaditas, calladas, escuchando esa música que sonaba medio rara.

Cuando se disponía a tocar por segunda vez, un hombre que ella nunca había visto abrió la puerta.

—Hola, señor —saludó María Isabel al joven de 24 o 25 años que, para María Isabel, ya era un verdadero señor—. ¿No están las niñas?

—No —contestó él sonriendo a medias a causa del apelativo.

—¿Van a tardar?

—Yo creo que sí. Se fueron a Ixtapa. Jacques me encargó que le echara un ojo al departamento mientras están fuera.

María Isabel suspiró decepcionada. Ahora tendría que volver a casa a mirar algún programa de cocina.

Tal vez haya sido que el suspiro llegó hasta los oídos de él. Tal vez también estaba aburrido. La cosa es que la invitó a entrar y ella, como ya iba con la idea de pasar un rato fuera de su casa, aceptó.

Este hombre no hablaba español como los padres de las gemelas, que lo hacían con un acento francés que a veces lo volvía ininteligible. Él hablaba normal, aunque tenía los ojos claros como la mamá de las gemelas y era

ligeramente pelirrojo. María Isabel entró tras él al departamento. El escándalo infantil no estaba, pero sí el desorden que hizo necesaria la acostumbrada cautela para no irse de boca después de tropezar con el cuerpo a medio vestir de una muñeca. María Isabel encontró el olor a humo de cigarro característico de ese departamento, y también uno nuevo y penetrante, como a loción de hombre. Puso atención a la música que había escuchado desde fuera.

—¿Qué canción es ésta? —le preguntó.

—*Riders on the Storm*.

—Está horrible.

—¡Ja! ¿La quito?

—No sé. Me da igual.

—¿Qué quieres hacer?, ¿quieres ver la tele?

María Isabel no quería hacer nada, si acaso despedirse y regresar a su casa. Ya viéndolo bien, sin las gemelas presentes, parecía que no tenía nada que hacer en ese departamento.

—¿Qué te parece si jugamos a algo? —sugirió él ante el silencio.

—Bueno. ¿A qué?

—No sé —el muchacho lo pensó durante un momento y echó un vistazo a los juguetes que estaban tirados en el suelo—. ¿Has jugado botella?

—Sí.

El hombre fue a la cocina a buscar una mientras María Isabel pensaba qué clase de diversión podía encontrar jugando botella con ese fulano, que no tenía idea de quién era ni le importaba, ni podía preguntarle si le gustaba una

niña del salón porque no las conocía. Al cabo de medio minuto, regresó con un envase de cerveza vacío y ambos se sentaron en el suelo.

Pero antes de que él girara la botella, ella le aclaró:

—Nada más que voy a tener que irme rápido. En mi casa comemos bien temprano.

El hombre sonrió a medias, se encogió de hombros y giró la botella. El pico terminó apuntando claramente hacia María Isabel.

—¿Qué prefieres, pregunta o castigo? —preguntó él sin que hubieran determinado si el castigado sería el del pico o el del fondo de la botella; pero ella no pensaba ponerse a discutir, y como pregunta le pareció la alternativa más segura, pregunta fue su respuesta.

Él pensó por un momento. Parecía que evaluaba su capacidad de contestar, y que este proceso lo tenía muy divertido. Al final, se decidió por hacer esta pregunta:

—¿Cuál es la capital de Finlandia?

María Isabel abrió mucho unos ojos llenos de suspicacia. No conocía la modalidad de hacer preguntas de cultura general en el juego de botella. ¿Debería de saber la respuesta? Tal vez; le habían enseñado ya algunas capitales. Podía haber contestado la de Argentina, o la de Brasil, o la de... se dio cuenta de que ni siquiera sabía dónde estaba Finlandia.

—No sé. Pero esas preguntas no se valen.

—¿Por qué no? No pusimos reglas.

María Isabel tuvo que admitir que era cierto. Se preguntó si el tipo sería un tramposo y si ella, a su edad, tendría la obligación de saber cuál era la capital de Finlandia.

En cualquier caso, se había ganado un castigo. Pensó que el tipo escogería alguno de los castigos normales, como comerse un huevo crudo o morder un chile o hacer veinte sentadillas. Pero no, él estaba pensando en otra manera de jugar a la botella. Una que María Isabel no conocía.

—Ya voy a tener que irme, ¿eh? —le dijo, como para que pensara en un castigo rápido.

Él sonrió de nuevo a medias, como todas las veces que lo había hecho.

—Déjame darte un beso —dijo.

—¿Por?

—Es tu castigo.

María Isabel no entendió qué tenía de terrible dejarse dar un beso para ser considerado como un castigo. Era mucho más sencillo que comerse un huevo crudo o dejarse pegar un chicle en el pelo. “Qué castigo tan tonto”, pensó y se encogió de hombros.

No imaginó ni por un momento que el destino de ese beso fuera su boca. No lo fue, de hecho; ni siquiera hubo una intención o una propuesta para ello. El muchacho se sentó en una silla y le pidió a María Isabel que se acercara. Le apartó el pelo de la mejilla y ahí depositó el beso. No fue un beso instantáneo, como los que María Isabel había recibido como saludo o despedida, que incluso a veces ni siquiera llegaban a tocar la piel y se perdían en el aire. El muchacho la besó con la boca abierta. María Isabel sintió su barbilla rasposa y sin rasurar, y la lengua que hacía círculos en su cara mientras *Riders on the Storm* retumbaba en las bocinas.

María Isabel no pensó en qué cosa tendría aquel fulano en la cabeza como para encontrarle el gusto a besar así a una niña de diez años a la que, además, acababa de conocer. En ese momento, tampoco pensó que se había topado con un tipo medio trastornado. Sólo pensó en el asco que le daba sentir esas babas en su cara y en que, además de fea, ésa era una canción muy larga. Y ese beso, también.

Una sensación de que algo no andaba bien empezó a invadirla poco a poco. Le desagradó profundamente el contacto e incluso, sin saber a ciencia cierta por qué, le dio un poco de miedo. Se separó con brusquedad y dejó al hombre con la boca medio abierta y los ojos cerrados. Caminó deprisa hacia la puerta del departamento excusándose: que ya se tenía que ir, que en su casa la esperaban para comer. El sonrió otra vez a medias de nuevo y siguió mirándola desde la silla donde estaba sentado.

—Que le vaya bien —dijo María Isabel y cerró la puerta tras de sí.

Al llegar a su casa se encerró en el baño y se lavó la cara con una esponja rasposa que tenía su mamá para tallarse las piernas; puso especial énfasis en la mejilla derecha, que terminó roja y reseca y, aun así, a decir de María Isabel, algo contaminada.

El muchacho vivió cuatro días más en el departamento de los franceses, al cabo de los cuales ellos volvieron con la piel tostada y, además de una pulserita de cuentas, le trajeron a María Isabel la tranquilidad que le había quitado el inquilino aquel. Porque esos cuatro días, sin estar segura de a qué le temía, se mantuvo pendiente de

los pasos del muchacho para evitar encontrárselo. Imaginaba que en cualquier momento sonaría el timbre de su departamento y él les pediría a sus padres que la dejaran bajar a su departamento a terminar un jueguito que habían dejado inconcluso. Y ella, ¿qué iba a explicarles? Ni siquiera sabía por qué se sentía tan mal al respecto.

El olor a loción de hombre mezclado con el aroma del humo de cigarro y las notas de *Riders on the Storm* la persiguieron durante algún tiempo hasta que, aunque no olvidó lo sucedido, dejó de preocuparle.

Sin embargo, tristemente, había sido una primera vez. Su primer beso se lo había dado un individuo de cuyo nombre ni siquiera se había enterado. Podía haberlo preguntado a los franceses después, pero en realidad no quería saberlo. Siempre recordaría lo que ocurrió en ese departamento como algo oscuro, y el recuerdo, invariablemente, vendría acompañado de un estremecimiento.

Pero no salió jamás de sus labios. Nadie lo supo nunca. Tampoco ella sabía que el asco que le daban los besos tenía su origen, justamente, en aquella mañana de verano.